

¿A quién servimos?

“Y si les parece duro servir al SEÑOR, elijan hoy a quién quieren rendir culto, si a los dioses a quienes adoraron sus antepasados en Mesopotamia o a los dioses de los amorreos en cuyo país ustedes habitan ahora. Yo y mi casa rendiremos culto al Señor.”

— Josué 24:15 —

UNA DE LAS cualidades innatas en la mayoría de la humanidad es el deseo de adorar y servir a algún ser superior o dios. Hoy, como en el pasado, se han adoptado muchas formas. Algunos se han basado en creencias religiosas, en tanto que otros se han producido a través de la mitología. Algunos han sido vistos como personalidades o seres vivos y otros como objetos inanimados. Algunos ven un ser superior como una mera extensión de sí mismos, quizá con más sabiduría y mayores cualidades nobles.

Independientemente de la naturaleza de los “dioses” en los que la humanidad ha creído a lo largo de los siglos, un tema común es que el “creyente” siente que de alguna manera obtiene ciertos conocimientos del dios o los dioses que adora. El creyente también puede afirmar que estos seres superiores, cualquiera que sea la forma que adopten, tienen el poder de influir en su vida,

ya sea para bien, mal, felicidad, tristeza o de otras formas.

Para aquellos que creen en la Biblia y su enseñanza de un Ser Supremo, la confusión de creer en muchos dioses se acaba. El profeta Isaías, hablando en nombre de Dios, escribió bajo inspiración divina: “Yo soy Dios, y no hay otro; yo soy Dios, y no hay nadie como yo”. (Isa. 46:9). Moisés declaró enfáticamente a los israelitas: “El SEÑOR, nuestro Dios, es un único SEÑOR”. (Deut. 6:4). En el Nuevo Testamento, durante el tiempo en que florecía la mitología romana y griega, el apóstol Pablo, al visitar la ciudad griega de Atenas, habló de la multitud de dioses a los que adoraban supersticiosamente.

“Hombres de Atenas —comenzó Pablo—, percibo que son en todos los aspectos notablemente religiosos. Porque, al pasar y observar las cosas que adoran, encontré también un altar con la inscripción: A UN DIOS DESCONOCIDO. El Ser, por lo tanto, a quien ustedes, sin conocerlo, reverencian, a Él ahora anuncio. DIOS que hizo el universo y todo lo que hay en él, Él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en santuarios contruidos por hombres. Tampoco es atendido por manos humanas, como si necesitara algo, sino que Él mismo da a todos los hombres vida, aliento y todas las cosas. Hizo que surgieran de un antepasado personas de cada raza, para que vivieran en toda la superficie de la tierra, y les marcó un período de vida designado y los límites de sus hogares; para que pudieran buscar a Dios, si es que podían buscarlo a tientas y encontrarlo. Sí, aunque no está lejos de ninguno de nosotros. Porque es en unión más cercana con Él que

vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser; como, de hecho, han dicho algunos de los poetas de renombre entre ustedes: ‘Porque también nosotros somos Su descendencia’. Dado que, entonces, somos linaje de Dios, no debemos imaginar que Su naturaleza se asemeja al oro, la plata o el mármol, o cualquier cosa esculpida por el arte y la facultad inventiva del hombre”. (Hechos 17:22-29, *Nuevo Testamento de Weymouth* en inglés [“Weymouth New Testament”]).

DOS INFLUENCIAS OPUESTAS

Las Escrituras nos informan que desde la caída de nuestros primeros padres en el Edén, dos principios poderosos han operado en la tierra, uno justo y otro malo. Detrás de estos principios han estado sus amos o fuentes de influencia. El principio de justicia emana y es promovido por el Creador, el único Dios mencionado en los pasajes anteriores. El principio del mal es promovido por el gran Adversario de Dios, el Lucifer caído, designado de diversas formas en la Biblia, como Diablo, Satanás y “la serpiente antigua”. (Isa. 14:12; Ap. 12:9; 20:2).

El hombre, en su condición original perfecta, fue creado, como dice la Biblia, a imagen de Dios. (Gen. 1:26,27). En tal condición, por lo tanto, sería natural que él prefiriera ceder a las influencias divinas de la justicia y vivir en armonía con ellas. Sin embargo, debido a la transgresión original de Adán, toda la raza nace en pecado. (Sl. 51:5; 58:3). Por lo tanto, el hombre ha tendido a apartarse de Dios y de los elevados principios de justicia que él patrocina. Sin embargo, ha habido unos pocos a lo largo de los siglos a quienes Dios les ha

hablado y con quienes ha tratado especialmente. Estos, bajo el estímulo de esta comunión divina, han luchado contra las tendencias descendentes y malignas que los rodearon, y, por la gracia de Dios, han sido vencedores. (Santiago 5:10,11).

PECADO PERMITIDO PARA UN PROPÓSITO

El Creador podría haber evitado el pecado en la tierra, bajo el liderazgo del Lucifer caído, pero, en su sabiduría, vio que la raza humana obtendría una gran ventaja al permitirle experimentar los terribles resultados de la desobediencia a la ley divina. (Rom. 7:13). Además, el hecho de que Satanás y los principios de la injusticia hayan dominado principalmente los asuntos de los hombres desde el Edén no indica que Dios haya perdido el control de la situación, ni que su espíritu de amor y justicia sea inadecuado para combatir las fuerzas del mal. Simplemente, continúa permitiendo el mal para que cada generación de la raza, a su vez, pueda experimentar lo que significa el gobierno de Satanás.

Más tarde, cuando Satanás esté atado y ya no pueda engañar a las personas, el reino de justicia de mil años de Dios comenzará a operar en toda la tierra. Todos los que hayan muerto saldrán de la tumba, y cada uno de los hombres tendrá la oportunidad de aprender la justicia y elegir entre el bien y el mal. Entonces, su elección será inteligente, basada en la experiencia real; primero, con el mal en esta vida y, luego, con la justicia durante el reino venidero. (Ap. 20:1-3,6; Mat. 6:10; Hechos 24:15; 2 Pe. 3:13).

En Génesis 3:14,15, Dios nos da un indicio de la gran lucha que existiría entre aquellos que le servirían y

los que servirían al Adversario. Explica que pondría enemistad [hebreo: *hostilidad*] entre estas dos clases, que aquí describe simbólicamente como la “simiente” de la mujer y la “simiente” de la serpiente, la representación visible de Satanás. La simiente de la mujer mencionada en este relato se describe más tarde como las “estrellas del cielo”, en realidad el Cristo o el Mesías de la promesa, que consiste en Jesús, la “Cabeza”, y la “Iglesia”, su “cuerpo”. (Gén. 22:16-18; Ga. 3:16,29; Ef. 5:23; Col. 1:18).

Sin embargo, el Adversario no entendió esto en el momento de la desobediencia de Adán. Durante las edades siguientes, Dios, comenzando con Abel, ha estado seleccionando a ciertos de la raza caída y preparándolos para el servicio futuro en el reino mesiánico. Satanás ha aprovechado la ocasión para oponerse a ellos también, de modo que todos los que han servido a Dios y se han esforzado por vivir con rectitud desde el Edén hasta ahora han sentido el resultado de su enemistad contra ellos. Esto continuará hasta que Satanás sea atado y el reino sea establecido. Se nos dice que, entonces, como “reprimenda” a su pueblo, Dios lo quitará de la faz de toda la tierra. (Isa. 25:8).

AMBOS MAESTROS EXIGEN OBEDIENCIA

Cuando, en Génesis 3:15, Dios dijo que pondría enemistad entre los que le servían y los que no, no quiso decir que él sería el creador de contiendas. La contienda resultante, más bien, es el resultado inevitable de la obediencia a Dios por parte de aquellos que le sirven, y el ceder a las influencias del mal por parte de aquellos

que sirven, ya sea consciente o inconscientemente, al otro amo, Satanás.

Dios ha permitido esta guerra solo en el sentido de que ha establecido el alto estándar de justicia por el cual aquellos que desean servirle están invitados a luchar por ese fin. Como prueba de lealtad y fidelidad, Dios permite que el Adversario ejerza sus contrainfluencias en un esfuerzo por vencer su valor. Sin embargo, Dios está con ellos, y si superan estas pruebas manteniendo el rostro hacia Dios y están decididos a vencer, obtendrán la victoria mediante su maravillosa gracia y fuerza. (Sl. 22:19; 46:1; Heb. 4:16).

La ley divina, que ha sido la piedra de toque de la justicia, a lo largo de las edades del plan de Dios, ha llamado a la obediencia de muchas y diversas formas. Independientemente de los detalles, sin embargo, el incentivo para la obediencia, así como el gran objetivo que se ha de obtener, ha sido el amor desinteresado. Satanás, por otro lado, ha influido en la humanidad a través del atractivo del egoísmo. Cada detalle de la masa confusa de conceptos erróneos y engaños con los que ha alejado a las personas de Dios durante seis mil años ha sido un llamamiento al interés propio de quienes están bajo su influencia.

“Dios es amor”, dice la Biblia. (1 Juan 4:8). Demostró este principio que motiva todos sus propósitos y por el cual desea que sus siervos sean influenciados, dando el tesoro más querido de su corazón, su único Hijo, para que sea el Redentor del hombre. (Juan 3:16). El espíritu de egoísmo y orgullo de Satanás se revela en la explicación bíblica de que intentó usurpar la posición de Dios en el universo. Es este mismo espíritu de

egoísmo el que ha inculcado con éxito en tantos entre la humanidad a lo largo de los siglos. (Isa. 14:12-14).

Ayuda a comprender lo que constituye el espíritu de amor de Dios, el Espíritu Santo, para contrastar lo que las Escrituras dicen al respecto con lo que dicen sobre el espíritu egoísta e impío del gran Adversario. Varios aspectos del Espíritu Santo se conocen como el Espíritu de Cristo; de santidad; de verdad; de promesa; de mansedumbre; de gracia; y de profecía. (Rom. 8:9; 1:4; 1Juan 4:6; Ef. 1:13; Ga. 6:1; Heb. 10:29; Ap. 19:10).

Las diversas manifestaciones del espíritu de Satanás se describen como el espíritu de temor; de esclavitud; de sueño; del mundo; del anticristo; y del error. (2 Tim. 1:7; Rom. 8:15; 11:8; 1 Cor. 2:12; 1 Juan 4:3,6). Así como todas las diversas manifestaciones del Espíritu de Dios representan y están en armonía con la operación del amor de una forma u otra, así estas diferentes formas de maldad están todas de acuerdo con el orgullo y el egoísmo.

ADVERTENCIAS DIVINAS PARA LA OBEDIENCIA

Muchas de las advertencias divinas contenidas en las Escrituras para la guía y el ánimo del pueblo del Señor reflejan el pensamiento de los dos maestros que están pidiendo nuestra obediencia. Uno de estos, por ejemplo, es el de nuestro texto de apertura, Josué 24:15, en el que Josué pide la obediencia de Israel a Dios al decir: “Escojan hoy a quién servirán”. En este caso particular, la elección debía hacerse entre dioses paganos, servidos por las naciones de las que los israelitas estaban separados, y Jehová, el Dios verdadero.

Desde el momento en que Israel salió de Egipto, Satanás se había esforzado por alejarlos de Jehová, la mayoría de las veces apelando a su egoísmo. Dios permitió que así fueran probados, casi siempre en relación con la abundancia material y las comodidades. (Éxodo 16:3,8; 17:2,3).

Los dioses creados por Satanás, el maestro de todos los dioses falsos, no siempre son los de madera, metal, piedra o arcilla, como han sido los adorados por millones a lo largo de los siglos. De hecho, es probable que muchas personas hoy en día no se sientan tentadas a venerar objetos físicos en la misma medida en que lo han estado en siglos pasados. Sin embargo, incluso entre las personas que por lo demás honran a Dios, en lugar de elegir una vida de plena devoción al Padre Celestial, la mayoría dedica tiempo, fuerza e influencia significativos a la adoración de algún tipo de “becerro de oro” simbólico.

Se dice que, en la ciudad de Ur, de donde Dios llamó a Abraham, la gente adoraba a un dios luna. La simiente espiritual de Abraham hoy en día no está tentada a adorar a una deidad como esa, por lo que Satanás apela a sus instintos egoístas en otras líneas. Se esfuerza por alejarlos del curso de la devoción total a la justicia al mostrarles el “dios del placer”; o el “dios” de la ambición; o el orgullo; o la vanagloria. Cualquiera o todos estos pueden convertirse en ídolos que podríamos poner en nuestro corazón y, al adorarlos, nos alejaríamos de la plena devoción al Dios verdadero.

UNA ELECCIÓN DIARIA

No es suficiente que, al comienzo de nuestro camino como cristianos, optemos por servir al Dios vivo. Todos los días, desde ese momento en adelante, nuestro gran Adversario, de una forma u otra, nos presenta la oportunidad de servir a otros “dioses”. Él ejerce sobre nosotros toda la presión posible para desviarnos del camino de la devoción total al Padre Celestial. Diariamente, por lo tanto, y en cada experiencia, encontraremos necesario elegir a quién serviremos. Nuestro éxito en vencer las influencias egoístas de las diversas sugerencias y engaños que se nos presentan a diario dependerá en gran medida de la firmeza con la que decidamos seguir la justicia. Es casi seguro que la vacilación y la indecisión dubitativa conducirán a la derrota. Sobre este punto, las Escrituras nos advierten: “Sométanse, pues, a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes”. (Santiago 4:7; 1 Pe. 5:8,9).

Es una locura suponer que el cristiano puede servir con éxito a dos amos. Esto se nos indica claramente en Lucas 16:13, donde leemos: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro; o se aferrará a uno y despreciará al otro. No pueden servir a Dios y a mamón”. En este caso particular, el maestro, Satanás, hace su llamado a nuestra devoción a través del amor a las riquezas terrenales o “mamón”. El mismo principio, sin embargo, es válido independientemente del método que este “maestro” pueda utilizar para apelar a nuestro egoísmo. El apóstol Santiago expresa el mismo principio cuando dice que: “El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos”. (Santiago 1:8).

Satanás, el maestro de la iniquidad, no solo se esfuerza por alejarnos de nuestra devoción al Dios verdadero mediante apelaciones directas al egoísmo, sino que también intenta quebrar nuestra devoción determinada poniendo obstáculos en nuestro camino que hacen que sea difícil de llevar adelante nuestra consagración. Puede traer persecución, por ejemplo, junto con la tentadora sugerencia de que podríamos evitar todo esto siendo menos celosos en nuestro servicio al verdadero Maestro. Puede causar la pérdida de nuestros amigos o de nuestro buen nombre, y nos inculcará de muchas otras formas las numerosas desventajas que se derivan de lo que presenta como la locura de servir al Dios verdadero. Todo esto es parte de la enemistad que manifiesta hacia la “simiente” de la mujer. La única esperanza del cristiano de poder resistir sus ataques es confiar en las promesas de gracia de Dios para ayudar en todo momento de necesidad. (Heb. 4:16).

OSCURIDAD POR LUZ

Además de los atractivos y los obstáculos con los que el Adversario intenta romper nuestra lealtad a Dios, también usa el método del engaño sutil descrito por el apóstol como el arte de ser “transformado en un ángel de luz”. (2 Cor. 11:13-15). Esto simplemente significa que intenta que le sirvamos mientras creemos verdaderamente que nos oponemos a él y servimos a nuestro Padre Celestial. La única protección contra ser engañados por este engaño es nuestra plena devoción a los principios de justicia revelados en la voluntad de Dios para nosotros. El gran objetivo del plan de Dios para cada uno de sus siervos es que estén llenos y sean

controlados por su espíritu de amor. El servicio a él basado en cualquier otro motivo, podemos estar seguros, proviene del falso “ángel de luz” mencionado anteriormente.

Para el cristiano durante la presente Edad Evangélica, la gran prueba de la obediencia al principio del amor es la voluntad de dedicar tiempo, energía e, incluso, la vida misma, si se le pide, en el servicio divino. En esto tenemos a Jesús como nuestro ejemplo. Si nuestra dedicación a Dios no es de todo corazón y absoluta, el Adversario podría engañarnos fácilmente señalando formas de presunto servicio que no requieren la entrega de nuestras vidas en sacrificio.

A nuestra carne no le gusta sacrificar. Se siente más complacida cuando se la mimar, se la cuida y se la hace sentir cómoda, cuando se la admira y se la elogia. Cualquier sugerencia engañosa calculada para hacernos creer que así debemos atender a la carne nos engañará, de hecho, si perdemos de vista los términos de nuestra consagración. Si tenemos presentes las exigencias del amor y recordamos que el camino angosto en el que andamos conduce al sacrificio y la muerte, no al alivio y al consuelo, Satanás no podrá influir en nosotros con ninguna de sus seductoras doctrinas.

La oscuridad y la luz como opuestos están estrechamente asociadas en las Escrituras con el egoísmo y el amor, que también son contrarios el uno al otro. Como nuestro Padre Celestial es el Dios del amor, también es el Dios de la luz; y, como el Adversario es el dios del egoísmo, también es el dios de la oscuridad. Aliados con estos opuestos también están la muerte y la vida. Así, cuando pensamos en el maestro Satanás,

asociamos a él el principio del egoísmo que conduce a la oscuridad y la muerte. Por el contrario, cuando pensamos en Dios, nuestro Padre Celestial, asociamos a él el pensamiento de amor, luz y vida. (1 Juan 4:16; 1:5; Sl. 36:9; Juan 17:3).

La oscuridad simboliza el reinado actual del mal acompañado de todas las experiencias nocturnas de miedo, dolor y, finalmente, muerte. En contraste con esto está el hermoso símbolo de la luz y las bendiciones de la paz, la felicidad y, en última instancia, la vida eterna en el reino mesiánico venidero. Estas bendiciones estarán disponibles para todos los que, cuando se les brinde la oportunidad, se sometan a la obediencia a Dios y al gran principio de amor que Él defiende y por el cual todas sus criaturas inteligentes que desean vivir para siempre deben estar motivadas. Destacando este contraste, citamos estas palabras proféticas: “El llanto puede durar una noche, pero el gozo llega por la mañana”, la mañana del día del nuevo reino, cuando el “sol de la justicia” se levantará con la “sanación en sus alas”. (Sl. 30:5; Mal. 4:2).

JESÚS, NUESTRO EJEMPLO PERFECTO

A lo largo de los siglos, ha habido personas entre la humanidad que, a través de su arrogancia egoísta, su crueldad y su degradación, han sido representantes adecuados de Satanás. Asimismo, ha habido muchos personajes rectos y nobles, como, por ejemplo, los antiguos hombres y mujeres fieles del Antiguo Testamento. Estos, a través de su amor por su prójimo y su devoción a los principios de la justicia divina, han ejemplificado, de diversas maneras, el

carácter de Dios. Además de toda esta “nube de testigos”, hay otro que se destaca de manera preeminente, tan preeminente, de hecho, que pudo decir a sus discípulos: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. (Heb. 12:1; Juan 14:9).

Es Jesús, el ejemplo perfecto y vivo para nosotros de lo que implica servir al Dios verdadero. Jesús era completamente uno con su Padre Celestial y, en la perfección de su glorioso carácter, mostró plenamente el amor que hizo que su Padre lo enviara al mundo para ser el Redentor del hombre. Leemos: “En él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres”. (Juan 1:4).

De Jesús también se dice que él era Dios “manifestado en carne”. (1 Tim. 3:16). Esto, por supuesto, no significa que Jesús era Dios, porque Jesús mismo dijo: “Mi Padre es mayor que yo”. (Juan 14:28). Lo que significa es que la concepción más clara que podamos tener en este momento del glorioso carácter de Dios es la que vemos ejemplificada en la vida de Jesús. Por su fidelidad al dar su vida, Jesús nos reveló el verdadero significado de todos los requisitos divinos de aquellos que toman su cruz para seguirlo. (Mat. 16:24).

Cuando Satanás presenta sus engañosas teorías que están calculadas para desviarnos del camino angosto, solo necesitamos mirar a Jesús y aprender de su ejemplo cómo interpretó la voluntad divina en su propia vida. Así podemos estar seguros de lo que Dios quiere que hagamos. Jesús, entonces, es nuestro ejemplo viviente y, como tal, nuestro Maestro, nuestro Maestro en las cosas de Dios. (Mat. 23:8-10).

VICTORIA FINAL

La enemistad entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer terminará en una victoria completa para Dios y para todas las fuerzas de justicia que emanan de él y que él patrocina. La Iglesia recibirá la victoria a través de nuestro Señor Jesucristo, y, en el debido tiempo de Dios, el mismo Satanás será atado y ya no podrá extender su oscuridad y control maligno sobre la tierra y las personas.

A través de Cristo, las malas influencias del egoísmo, la oscuridad y la muerte serán disipadas y, finalmente, erradicadas. “Los habitantes del mundo conocerán la justicia”. (Isa. 26:9). El conocimiento de la gloria y el amor de Dios llenará la tierra. (Isa. 11:9; Hab. 2:14). Aquellos que se someten plenamente a su influencia, ellos mismos estarán llenos del Espíritu de Dios: el espíritu del amor. No solo serán devueltos a la perfección, sino que también se les dará la oportunidad de vivir para siempre entre los otros miles de millones de personas, una humanidad restaurada y feliz. La raza humana perfecta será feliz porque ha aprendido que el camino del amor es el mejor y el único camino verdadero a la vida.
